Contiene calendario lunar

LA INFLUENCIA DE LA LUNA

Johanna Paungger
Thomas Poppe

Uso práctico del calendario lunar en la vida cotidiana

Martínez Roca

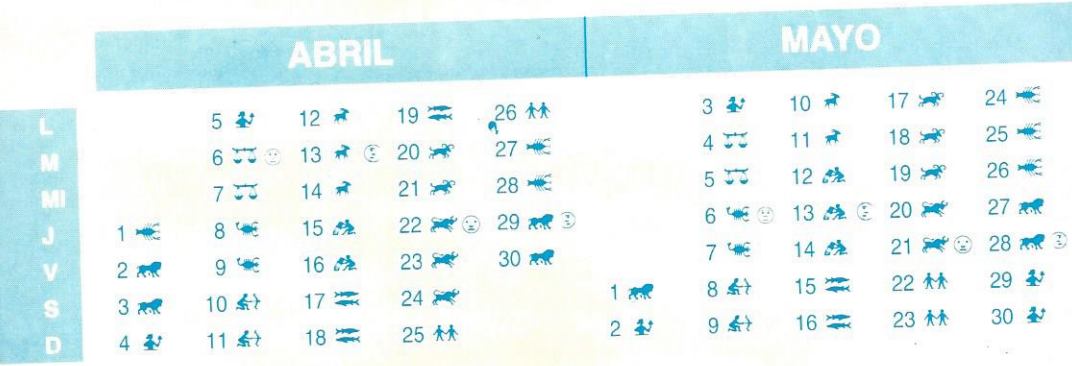
FONTANA FANTÁSTICA

El éxito o el fracaso de muchas actividades cotidianas depende de determinados ciclos de la naturaleza y, muy especialmente, de la posición de la luna y del signo zodiacal en que se encuentra.

Conozca por anticipado los días favorables o desfavorables para cualquier actividad.

- Los días de Virgo son los mejores para plantar.
- Las manchas resistentes deben lavarse en luna menguante.
- Pinte también en luna menguante: la pintura seca mejor.
- Las plantas deben regarse en días de Cáncer, Piscis o Escorpio...

Desde la conservación de la salud y la curación de enfermedades hasta la alimentación sana o los trabajos agrícolas, los consejos que ofrece este libro cubren todos los aspectos de nuestra vida.



ISBN 84-270-1721-9

Traducción de Javier Romero

Diseño cubierta: Geest/Høverstad

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos, así como la exportación e importación de esos ejemplares para su distribución en venta, fuera del ámbito de la Comunidad Económica Europea.

Título original: *Vom richtigen Zeitpunkt*, publicado por Heinrich Hugendubel Verlag, Munich
© 1991, Heinrich Hugendubel Verlag
© 1993, Ediciones Martínez Roca, S. A.
Enric Granados, 84, 08008 Barcelona
ISBN 84-270-1721-9
Depósito legal B. 10.819-1993
Fotocomposición de Pacmer, S. A., Miquel Àngel, 70-72, 08028 Barcelona
Impreso por Libergraf, S. A., Constitució, 19, 08014 Barcelona

Impreso en España – Printed in Spain

Prólogo de los autores

En los últimos años se me ha pedido repetidamente que comunique cierta sabiduría con la cual he vivido desde mi más tierna infancia: el conocimiento de los ritmos lunares y su influencia sobre toda la vida terrestre. Debo agradecer dicho saber a mi abuelo, que me hizo comprender que la percepción, la observación y la experiencia son las claves para entender la naturaleza, las cuales no pueden ser desveladas únicamente por medio de la ciencia.

Todavía recuerdo muy bien mi primera conferencia, que tuvo lugar hace algunos años. Me habían prevenido que la gente se burlaría de mí y que tendría que hacer frente a su desprecio. No obstante, mi convicción personal, así como el apoyo de mi marido, eran tan firmes que me daba igual el número de espectadores que se rieran de mí. De hecho, me dije, bastaba con que una sola persona aceptase estos conocimientos sobre la naturaleza para asegurar la supervivencia de tan antigua sabiduría, la cual ha venido transmitiéndose de padres a hijos, consolidándose mediante la comprobación y el uso, y todavía hoy puede ser de gran utilidad.

El éxito de aquella conferencia me dio ánimos para continuar, y después de muchas otras he decidido poner todas mis experiencias por escrito. Por otra parte, me ha alegrado sobremanera comprobar lo abiertas que están muchas personas a los conocimientos de los ritmos lunares. Si bien al principio tuve que enfrentarme con muchas caras incrédulas, con el tiempo surgió un interés explosivo. Para mí, al estar familiarizada con ellas, las fases lunares no constituyen una novedad, pero me hace muy feliz constatar que en la actualidad mucha gente vuelve a depositar su confianza en este antiguo saber.

Mi deseo es que también usted, lector, adquiera, si así lo desea, unos conocimientos que podrá llevar consigo a lo largo de toda su vida, sin necesidad de tener que recurrir continuamente a manuales, tablas o a algún especialista. Una sabiduría que pase a formar parte de su carne y de su sangre y que pueda legar a sus hijos como una base para sus propias experiencias. Aunque usted no haya crecido como yo con este saber, el presente libro le dará la oportunidad de hacer acopio de sus propias experiencias, lo cual le resultará mucho más útil que leer un millar de ejemplos en un manual. Después de unas cuantas pruebas, comprobará que estos conocimientos no son en absoluto sorprendentes sino, por el contrario, de muy fácil aplicación.

Este libro es el fruto del trabajo realizado junto con mi marido y mi amigo Thomas Poppe. Espero que constituya una ayuda y un fiel acompañante a lo largo de la vida de todos los lectores de buena fe.

JOHANNA PAUNGGER

Las grandes aventuras empiezan a veces con hechos de lo más insignificante, por ejemplo con el sonido del teléfono.

–Oye, acabo de conocer a una mujer que podría interesarte mucho. A lo mejor incluso llegáis a escribir un libro juntos. Se llama Johanna Paungger. Le he hablado de ti y le gustaría conocerte...

–¿Escribir un libro? ¿Sobre qué? –contesté un poco irritado, ya que precisamente entonces tenía entre manos un libro que no me gustaba y la inspiración me había abandonado.

–Espera, no es tan fácil de explicar.

Encima eso.

De todas formas, como soy curioso de nacimiento, acepté. En aquel momento no tenía ni idea de lo que se me venía encima.

Muchos acontecimientos y experiencias de mi vida merecen la calificación de extraodinarios, raros, sublimes o enriquecedores; en cambio, mi encuentro con la señora Paungger no encaja en ninguna de esas categorías. La calidad del contacto con ella fue para mí algo tan nuevo que no logré identificarlo con ningún esquema previo a fin de que encajara en algún «rincón» de mi mente y de mi percepción.

Lo cierto es que no se trató de algo fuera de lo común ni espectacular: nos encontramos en un bar de una zona forestal, charlamos un poco sobre el tema del libro, intercambiamos frases amables y anécdotas para acortar la distancia inicial y nos pusimos a filosofar sobre esto y aquello. Ella dijo que había leído uno de mis libros y tenía el presentimiento de que yo era la persona más indicada para recoger por escrito, en colaboración con ella, cierta antigua sabiduría. Me habló de su tierra natal, el Tirol, de su infancia como uno de los diez hi-

jos de una familia campesina de alta montaña y de cómo se fue a vivir a Munich. Una y otra vez, como quien no quiere la cosa, intercalaba alusiones a un saber especial que seguía siendo ampliamente utilizado en su tierra y que ella había recibido de su abuelo: el conocimiento de los ritmos de la luna y su influencia sobre la naturaleza, el ser humano, el reino animal y el vegetal.

Una anécdota que ilustra la etapa de aprendizaje con su abuelo se me quedó grabada en la memoria. Según ella los largos años de instrucción con su abuelo pasaron sin casi mediar palabra entre ellos, mirando, observando, tocando, experimentando y sintiendo. Un día, sin embargo, ella acabó haciendo una pregunta (creo que referente a la recolección de cierta hierba medicinal), y el abuelo se limitó a responder: «A ver si te fijas bien».

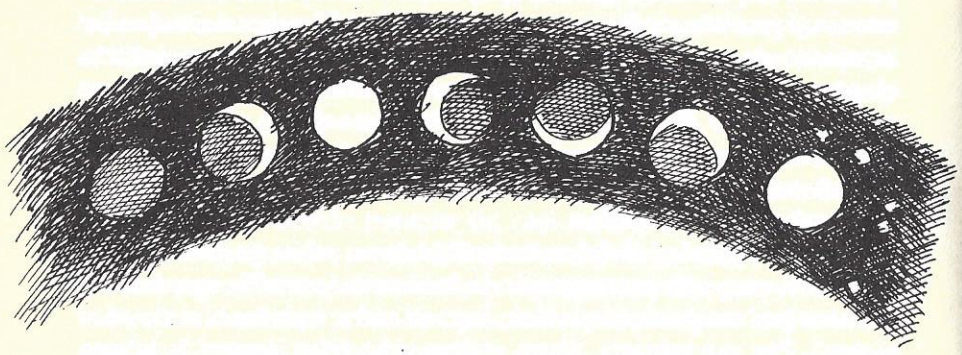
Mis encuentros con Johanna Paungger se sucedieron uno tras otro, pero todavía transcurrió bastante tiempo antes de que llegáramos a la certeza de que había que empezar por fin con el libro. Nos habíamos conocido el uno al otro y habíamos alcanzado cierto grado de confianza mutua. Aparte de eso, el número de personas que asistían a sus conferencias aumentaba constantemente; se mostraban interesadísimas en el antiguo saber y muchas la exhortaban a que lo pusiera todo por escrito. Este libro es el resultado de un excelente trabajo de equipo, una armonía que sólo puedo evocar como algo felicísimo. La señora Paungger iba transmitiendo sus conocimientos y su experiencia mientras yo ponía a su servicio mi pluma y mi propia experiencia. A este respecto, en el texto aparecen de vez en cuando, destacados, breves pasajes en primera persona, los cuales reproducen vivencias muy personales tanto de la señora Paungger como mías.

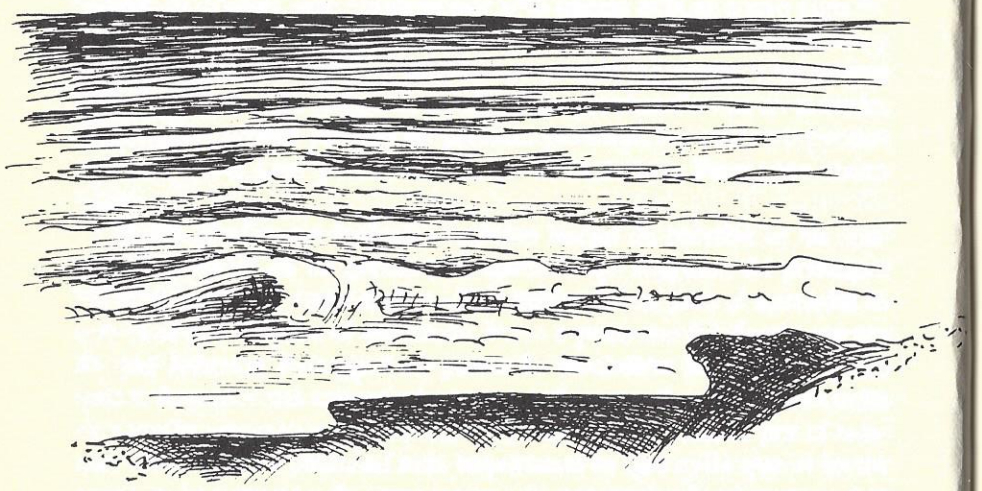
Deseo añadir que incluso el mismo hecho de escribir se ha convertido para mí en un proceso de aprendizaje singular. Al principio había olvidado el viejo dicho: «El entusiasmo es para el aprendiz lo que el descanso para el cazador». Poco a poco me fui dando cuenta de que Johanna Paungger no pretende demostrar nada ni tampoco quiere imponer sus conocimientos a nadie, que el saber no necesita de ningún pretexto para imponerse ya que se demuestra por sí mismo. Con todo, su cualidad más importante es que evita que el lector caiga en la tentación de convencerse de que acaba de encontrar algo increíble, una panacea para todos sus males. Ni siquiera el acatamiento del «momento oportuno» le servirá de nada a la larga si la mentalidad y la disposición no son correctas. Una muleta como puede ser la estricta y escueta obediencia de reglamentos y leyes sólo puede servir para un propósito: apoyarse en ella mientras nos sea necesaria y tirarla cuando ya no nos haga falta. El saber debe quedar asimilado en nuestra carne y nuestra sangre y tener como resultado el que miremos con lucidez tanto lo que nos rodea como a nosotros mismos. El uso diario y la puesta en práctica de las citadas reglas agudiza nuestra percepción de las cosas que nos rodean y nos permite reconocer vínculos con nuestra vida que nos llevan mas allá de la mera aplicación de aquéllas.

En la Antigüedad el deber ineludible de un sabio, ya fuera artista o filósofo, consistía en transmitir de manera responsable sus conocimientos (no sus presentimientos, suposiciones, opiniones o convicciones). Por vez primera, ahora podemos acceder, dentro de lo que ha sido posible reflejar por escrito, a la sabiduría de los ritmos de la luna, una serie de consejos y recomendaciones que abarcan casi todas las esferas en que se desarrolla nuestra vida cotidiana, desde medicina casera y nutrición hasta quehaceres domésticos y trabajos en el jardín, el huerto y el campo.

La paciencia es el único precio que usted deberá pagar si quiere sacar provecho de este libro. Sólo entonces podrá realmente convertirse en una piedra con la que empezar a edificar un mundo nuevo.

THOMAS POPPE





1
Los siete impulsos de la luna

Es tan agradable poder explorar la naturaleza
y a uno mismo al mismo tiempo,
sin usar la violencia ni contra ella
ni contra el propio espíritu,
sino llevando a ambos al equilibrio
mediante una armoniosa relación mutua.

Goethe

Pasado y presente

Durante milenios el ser humano vivió en gran armonía con los diversos ritmos de la naturaleza al objeto de asegurar su supervivencia. Sus ojos le servían para observar con atención lo que le rodeaba, y que utilizaba a fin de subvenir a sus necesidades sin siquiera preguntarse sobre sus causas. Por ejemplo, los esquimales viven en las condiciones más duras que quepa imaginar, en medio de hielos perpetuos. Su idioma incluye cuarenta palabras diferentes para denominar la nieve, que designan otros tantos estados distintos del agua helada. Las inhóspitas condiciones climáticas les obligaron a aprender a reconocerlos. Solamente dos de estas clases de nieve o hielo son aptas para la construcción de los iglús, las moradas de los esquimales.

El ser humano no sólo observó con mucho cuidado el estado de las cosas que le rodeaban, sino que además dedicó su atención a las relaciones recíprocas entre la condición de esas cosas y el momento de la observación, teniendo en cuenta el día, el mes, la estación, la posición del sol, de la luna y de las estrellas. Muchos de los monu-

mentos antiguos que tienen alguna relevancia arqueológica dan fe de lo importante que era la observación de los cuerpos celestes y el cálculo de sus recorridos en la escala de valores de nuestros antepasados. Ello no obedecía solamente a un «trivial» afán de investigación, sino al deseo de sacar el mayor partido posible al conocimiento de las influencias de una determinada constelación sobre ese período de tiempo. Los antiguos calendarios elaborados a partir del cálculo de los trayectos del sol y de la luna servían para la predicción de ciertas fuerzas, impulsos que únicamente en determinadas épocas ejercían su influencia sobre la naturaleza, los seres humanos y los animales, y que regresaban al cabo de períodos regulares. Sobre todo las fuerzas que, al unísono con el tránsito de la luna, influyen decisivamente sobre toda vida, sobre el éxito y el fracaso en la caza y la recolección, en el almacenaje de alimentos y en la salud.

Por esta razón el naturalista Charles Darwin, en su clásica obra *El origen del hombre*, no hizo sino repetir un concepto que habían compartido innumerables generaciones anteriores a él, para las cuales había sido de inmensa utilidad: «El hombre, al igual que el resto de los mamíferos, las aves e incluso los insectos, está sometido a cierta enigmática norma según la cual determinadas funciones normales de los seres vivos, como el embarazo, el crecimiento de las plantas y su maduración, la duración de diversas enfermedades, etc., dependen de los períodos lunares».

Sentidos aguzados, lucidez, capacidad de apreciación y observación exacta de la naturaleza, del reino animal y del vegetal, hicieron de nuestros antepasados unos verdaderos «maestros del momento oportuno». En efecto, fueron los primeros en descubrir los siguientes hechos:

- Numerosos fenómenos de la naturaleza, como las mareas, los cambios meteorológicos, la menstruación, etc., están en relación con el trayecto de la luna.
- Las actividades de muchos animales están regidas por el estado de la luna; por ejemplo, los pájaros siempre recogen los materiales necesarios para la construcción de sus nidos en determinadas épocas; eso hace que los nidos puedan secarse rápidamente después de la lluvia.
- El efecto y el éxito de innumerables actividades ordinarias o extraordinarias, como cortar madera, cocinar, comer, cortar el cabello, plantar, abonar, lavar, someterse a una operación quirúrgica, etc., dependen de los ritmos de la naturaleza.

- A veces, las operaciones y tomas de medicamentos que tienen lugar en determinados días son favorables, mientras que en otros días resultan inútiles o incluso perjudiciales, independientemente de la dosis y calidad de los medicamentos o del talento del cirujano en cuestión.
- Las plantas y sus partes están sometidas a diferentes energías según los días, y ese conocimiento es esencial para la siembra, cultivo y recolección eficaz; asimismo, las hierbas medicinales recogidas en determinadas épocas contienen mayor cantidad de sustancias activas que las que se recogen en otras épocas.

Para decirlo de manera breve: el éxito de un proyecto no depende únicamente de que se posea la capacidad y la disposición necesarias, sino que también es decisivo el momento de la acción.

Naturalmente, nuestros antepasados no escatimaban esfuerzos a la hora de transmitir sus conocimientos y experiencias a sus hijos. Para ello era necesario que dieran a las influencias que habían observado nombres pegadizos y fáciles de entender, y sobre todo, que las combinaran en un sistema que resultase evidente. Éste debía hacer posible siempre y en todo lugar la descripción de las fuerzas y, en especial, la predicción de las influencias venideras. Había que inventar un reloj muy especial.

El sol, la luna y las estrellas fueron los elegidos, en el marco de la naturaleza, para, por así decirlo, constituir las agujas y la esfera de ese reloj. La razón fue muy sencilla: la esencia del ritmo es la repetición. Cuando se observa, por ejemplo, que el momento propicio para la siembra de determinada planta dura de dos a tres días cada mes, coincidiendo con el paso de la luna por las mismas estrellas, resulta facilísimo reunir esas estrellas en una «imagen» y darle a esa constelación un nombre que tipifique e ilustre la calidad de la influencia en cuestión. De este modo la figura estelar se convierte en una cifra sobre la esfera del reloj de la bóveda celeste.

Nuestros antepasados identificaron, de manera un tanto tajante, doce impulsos de fuerza, que a su vez poseen características y coloración diferentes. A los grupos de estrellas recorridos por el sol (a lo largo del año) y por la luna (a lo largo del mes) durante cada uno de esos impulsos les dieron doce nombres diferentes.

Así nacieron las doce constelaciones del zodiaco: Aries, Tauro,

Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Libra, Escorpio, Sagitario, Capricornio, Acuario y Piscis.

El hombre se había procurado un «reloj estelar» que le indicaba qué influjos dominaban en cada momento y con el cual podía calcular qué clase de influencias, ya fueran favorables o nefastas, le deparaba el futuro para sus planes. Muchos calendarios de eras pasadas se orientaban según el trayecto lunar, debido a que las fuerzas que indica y anuncia la posición de la luna en el zodiaco son de mucha más relevancia para la vida cotidiana del hombre que las de la posición del sol. A lo mejor usted ya sabe que incluso hoy en día algunas de las festividades más importantes dependen de la posición de la luna: desde fines del siglo II la Pascua se viene celebrando el domingo siguiente a la primera luna llena después del equinoccio de primavera.

Hacia finales del siglo XIX los conocimientos de dichos ritmos especiales de la naturaleza cayeron irremediablemente en el olvido casi de un día para otro. Quizá fue así porque toda sistematización lleva aparejada una especie de narcótico. Por ejemplo, si el reloj que llevo me dice que son las doce del mediodía, ya no tengo por qué ponerme a observar el sol. Por consiguiente, cuando la percepción directa de los impulsos y fuerzas que rigen el día se desestima, las reglas y preceptos que de ellos se derivan terminan por perder su relevancia.

La razón principal que llevó a prescindir de la sabiduría es, sin embargo, que la técnica y la medicina modernas habían prometido «soluciones rápidas» a todos los problemas de la vida cotidiana. Además, en poquísimo tiempo consiguió proporcionarnos la ilusión de que podía cumplir esa promesa. Así, la observación y el respeto de los ritmos naturales pasó a ser algo superfluo casi de golpe, y la sabiduría únicamente consiguió sobrevivir en algunas regiones muy aisladas.

Los jóvenes campesinos, leñadores y hortelanos de los «tiempos modernos» se reían de sus padres y de sus abuelos, calificándolos de supersticiosos, y se entregaron a un uso exagerado de todo tipo de máquinas e instrumentos agrícolas, además de fertilizantes y pesticidas. Creyeron que podían ignorar olímpicamente la sabiduría de sus antepasados sobre el momento oportuno, y durante mucho tiempo sus beneficios crecientes parecieron darles la razón. De ese modo, perdieron el contacto con la naturaleza y, aunque al principio no se daban cuenta, empezaron a colaborar en la destrucción del medio ambiente. Hay que decir que siempre estuvieron apoyados por la industria, la cual supo alentar muy bien la plena confianza en su capacidad para resolver todos los problemas. Sin embargo, en la actualidad pocas personas pueden ya cerrar los ojos ante la realidad del elevado precio que hemos de pagar por habernos alejado de los ritmos y leyes naturales. Hoy los beneficios agrícolas descienden y los cultivos son más vulnerables a las plagas, porque la tierra está siendo despojada, sin que le sea posible protegerse ni regenerarse por sí misma. El uso de insecticidas se ha disparado desmesuradamente en pocas décadas, sin demasiado éxito. La calidad y el valor nutritivo de las frutas y verduras cosechadas son signo inequívoco de ello.

En otro orden de cosas, los progresos de la industria química y farmacéutica llevaron a los médicos a convencerse de que podían menospreciar el movimiento cíclico y la integridad de los ritmos vitales, sin que ello tuviera mayores consecuencias. La mera supresión rápida de dolores y síntomas pasó a ser considerada como un «éxito terapéutico». La investigación de las causas y la toma de medidas preventivas, así como la paciencia y la disposición necesarias para un prolongado «trabajo conjunto» con el paciente, pasaron por desgracia a un segundo plano. Además, como la sabiduría de los ritmos lunares, aunque pueda ser comprobada mediante métodos científicos modernos, no hay manera de razonarla, ni ofrece respuestas previsibles, de acuerdo con el pensamiento lineal de la mayoría de los científicos ello constituye motivo suficiente para pasar por alto tranquilamente esos conocimientos.

Lo cierto es que, si descartamos tan irreflexivamente la sabiduría de los ritmos lunares, se debe en gran medida a que hemos elevado la comodidad a corto plazo a la más alta jerarquía, en detrimento del sentido común, la moderación y de poseer una verdadera meta en nuestra vida. Creemos que podemos superarlo todo, incluso a la naturaleza, pero en realidad nos olvidamos de nosotros mismos en el proceso. En el vértigo de nuestra sórdida vida consumista pasamos desenfrenadamente del pasado al futuro. El momento presente, el único en que se puede desarrollar la vida, se nos escapa continuamente de las manos.

El ciudadano medio depende cada vez más de servicios, sobre los cuales no puede ejercer influencia alguna, y de expertos que le van aconsejando cómo debe vivir. Bajo la agobiante presión de consejos y exhortaciones, las

cualidades normales del ser humano, las que le vienen de nacimiento, sufren una asfixia y la persona se vuelve insegura e irresponsable como una criatura, degenerando hasta aceptar pasivamente esa condición. Ya no tendrá fe ni en sí misma ni en el futuro, y mucho menos en la fuerza de regeneración propia que posee la vida.

Ricarda Winterswyl, *Süddeutsche Zeitung*, 20-IV-1991

Por otra parte, también hacemos caso omiso de los ritmos lunares por la razón más sencilla que quepa imaginar: porque nos son desconocidos. A lo mejor usted pasa a formar parte de un reducido grupo de pioneros que intentan recuperar esta sabiduría poco a poco, paso a paso, sin prisas ni nerviosismo. Ni que decir tiene que no es en absoluto demasiado tarde para ello; este antiquísimo saber se halla a la espera de personas que no se excusen en el hecho de que «solo no se puede emprender nada». Y aun cuando en la actualidad todos los indicios apuntan a que el individuo por sí solo carece de influencia a la hora de poner remedio a los estragos causados en nuestro medio ambiente, no hay que desalentarse: cada acción, por nimia que nos parezca, cuenta. Incluso a veces nuestra pequeña aportación puede hacer más que los grandes gestos y, sobre todo, que las grandes palabras.

Todas las reglas y preceptos recogidos en este libro tienen su raíz exclusivamente en la experiencia personal y las vivencias propias. No se trata de algo que hayamos oído por ahí, ni de suposiciones o convicciones. Con toda probabilidad existen muchos otros ritmos y elementos de influencia en la naturaleza relacionados con los biorritmos humanos, con la actividad de las manchas solares, con las radiaciones tanto cósmicas como terrestres, etc. No obstante, este libro se limita a abarcar exclusivamente los siete «estados» de la luna:

Luna nueva

Cuarto creciente

Luna llena

Cuarto menguante

Posición respectiva de la luna en relación con una constelación zodiacal

Luna ascendente

Luna descendente

Hasta el día de hoy, todavía no es posible responder con certeza a la pregunta de si es la luna y la constelación del firmamento en que la vemos las que ejercen una influencia directa o si, tal como hemos indicado anteriormente, la posición de nuestro satélite respecto a las estrellas no representa más que las diversas posiciones que puede tener una aguja respecto a las cifras de la esfera del reloj, indicando o anunciando los cambios de influencia que han sido observados en instantes precisos.

Quien tenga nociones de astronomía y pueda identificar cada una de las constelaciones del zodiaco en la esfera celeste, quizá quede sorprendido al comprobar que la «verdadera» posición tanto de la luna como del sol difiere un tanto de la indicada por el calendario. Por ejemplo, si nos ponemos a observar el cielo en una noche clara y vemos que la luna se halla, pongamos por caso, en Aries, el calendario puede perfectamente indicar que ya está bajo la influencia de Tauro. Eso no significa que deba usted dejar de confiar en los calendarios. La causa de dichas variaciones radica en ciertas excentricidades del trayecto de la luna y el sol respecto a las estrellas, dentro de un ciclo que dura 28.000 años. Por eso la influencia de los signos del zodiaco no se calcula según la posición efectiva de la luna, sino según el equinoccio de primavera, es decir, el momento en el cual el día tiene la misma duración que la noche, que cae en el 21 de marzo. Asimismo, la experiencia demuestra que dicho cálculo es perfectamente válido para la identificación de las influencias lunares, ya que en cierto período del mes de marzo, aun cuando aparentemente la luna se halle todavía en la constelación de Piscis, ya reina el impulso de fuerza que nuestros antepasados bautizaron con el nombre de «Aries».

Las bases para el cálculo son muy complejas, y éste no es el lugar más adecuado para exponer las deducciones exactas. Si lo desea, siempre puede consultar la extensa gama de literatura que trata de temas astronómicos.

La discrepancia entre la posición real de la luna y la posición virtual según el calendario nos ofrece un indicio de las posibles causas de los ritmos lunares, ya que de hecho corrobora la afirmación de que las constelaciones en sí (meras agrupaciones arbitrarias de estrellas que se hallan a cientos o a miles de años luz de la Tierra) no tienen nada que ver con el reconocimiento y la utilización de los doce impulsos de fuerza de nuestra luna. Para los científicos que quisieran consolidar los conocimientos sobre los efectos recíprocos entre el estado de la luna y la calidad de los impulsos sobre la Tierra, supondría un magnífico reto la investigación de fenómenos de resonancia originados por el giro y la oscilación de la luna, la Tierra y los planetas alrededor del sol; sería algo así como estudiar un instrumento de música multidimensional que produjera doce tonos claramente diferenciables entre sí.

Pude comprobar el efecto de la resonancia, la vibración de un cuerpo al recibir la vibración enviada por otro cuerpo, cuando estaba en la escuela preparatoria. Un día, mientras jugaba en el jardín junto a una bañera de cinc vacía, oí de repente música muy queda durante unos minutos, seguida de una transmisión de noticias. Los sonidos provenían de la bañera, y se esfumaron en cuanto la toqué. Sin duda ésta poseía, bajo determinadas condiciones, la misma frecuencia que cierta emisora de los alrededores, y su forma amplificaba las vibraciones hasta el punto de hacerlas audibles.

Las fuerzas y sus efectos sobre los seres humanos, animales o vegetales son, independientemente de su causa u origen, siempre demostrables a través de la experiencia. En cambio, la investigación de las causas todavía tiene que contentarse con la mera especulación, basada en opiniones y convicciones, pero seguramente no habrá que esperar mucho. Desde hace tiempo, no obstante, prevalece cierto vocabulario que nos podrá parecer chocante, como por ejemplo: «El signo de Capricornio afecta a la rodilla» o «La luna llena influye sobre la mente». Por razones de sencillez, dichas expresiones han sido utilizadas en este libro.

La luna nueva

Durante su vuelta alrededor de la Tierra, que dura 28 días, la luna muestra al sol siempre la misma cara, la misma que podemos admirar en

todo su esplendor cuando la luna está llena. La otra cara, en cambio, permanece sumida en la noche eterna. Dicha órbita «rígida» de un satélite alrededor de otro astro es conocida por los astrónomos con el nombre de «rotación cautiva». Si la luna se encuentra (vista desde la Tierra) entre la Tierra y el sol, volverá su cara oculta hacia nosotros. Cada mes, cuando eso sucede, resulta imposible verla, al quedar borrada por el sol; se trata de la luna nueva (en otros tiempos llamada «luna muerta»).

Conviene señalar que nuestro satélite, durante la fase de luna nueva, permanece de dos a tres días ante el mismo fondo estelar, lo cual quiere decir que se encuentra en el mismo signo zodiacal que el sol. Lo entenderemos mejor si pensamos que, desde nuestro punto de vista, durante la luna nueva el satélite se encuentra tan cerca del sol que éste, la luna y el observador quedarán casi en la misma línea. Así, en marzo la luna nueva se encuentra normalmente en la constelación de Piscis, en agosto en la de Leo, etcétera.

Es muy importante tener en cuenta esta regla a la hora de hacer cálculos para evaluar en qué signo del zodiaco se encuentra la luna en un momento dado. Recuerde que el satélite tarda entre dos y tres días en atravesar una constelación zodiacal. Por consiguiente, la luna llena que sigue a la luna nueva de marzo ha dejado atrás exactamente la mitad de la esfera zodiacal, con lo cual ha pasado ya por seis signos del zodiaco, y tardará aún unos catorce días en encontrarse en el signo de Virgo o de Libra. Ni que decir tiene que el mismo principio rige para los demás meses del año.

En los calendarios la luna nueva viene dibujada generalmente como un diminuto disco negro o con rayitas negras. Durante esta fase reina un breve período de influencias especiales sobre los seres humanos, los animales y los vegetales; quien, por ejemplo, ayune un día entero en este período, escapará a muchas enfermedades, ya que la predisposición del cuerpo a eliminar sustancias tóxicas es máxima durante esta fase. Si uno ha decidido deshacerse de una mala costumbre o de un hábito nocivo, este momento es el más apropiado para ello. Después de una poda en este tiempo los árboles enfermos se recuperan mejor. Igualmente, la tierra empieza a respirar.

La luna creciente

Apenas pocas horas después de la nueva luna, girando sobre la superficie lunar de izquierda a derecha, aparece la cara orientada ha-

cia el sol de nuestro satélite, la cual veremos en forma de un creciente finísimo. Se trata de la luna creciente, abriéndose paso a su vez con sus influencias características. La etapa que aún le queda por cubrir hasta la media luna también se conoce con el nombre de cuarto creciente o primer cuarto, mientras que los otros seis días que median entre la media luna y la luna llena reciben el nombre de segundo cuarto. La duración total de la luna creciente es de unos trece días.

Todo lo que se incorpora al cuerpo, lo que lo desarrolla y fortalece, tiene doble efecto durante estas dos semanas. Cuanto más crezca la luna, más desfavorable será el proceso de curación de heridas y el posoperatorio. La ropa, por ejemplo, no quedará tan limpia como durante la luna menguante aunque se utilice la misma cantidad de detergente. Durante la luna creciente y la luna llena vienen más bebés al mundo.

La luna llena

Por fin ha completado la luna la mitad de su viaje alrededor de la Tierra; la cara que refleja la luz del sol se nos muestra como luna llena, el astro más resplandeciente del cielo nocturno. En esta fase el satélite se encuentra «detrás» de la Tierra con respecto al sol. En los calendarios la luna llena viene representada mediante un diminuto disco blanco.

Incluso en las pocas horas que dura la luna llena se hace notar el claro influjo que ésta ejerce sobre la Tierra y los seres humanos, animales y plantas que la habitan. Esta fuerza, producida por el cambio de sentido de los impulsos lunares al pasar la luna por la fase que media entre creciente y menguante, se siente de manera más intensa que el cambio de fuerzas que tiene lugar durante la luna nueva. En el plenilunio los sonámbulos se pasean dormidos, las heridas sangran con más persistencia; las plantas medicinales recogidas durante este período tienen más eficacia, y los árboles podados en esta fase pueden morir. En otro orden de cosas, la policía tiene que reforzar sus efectivos, ya que normalmente los actos de violencia y los accidentes aumentan; asimismo, a las comadronas se les acumula el trabajo.

La luna menguante

La luna prosigue lentamente su camino. Su cara oscura empieza a «abollarla» de derecha a izquierda, y los aproximadamente trece días

de la fase de la luna menguante (los cuartos tercero y cuarto) comienzan.

De nuevo debemos agradecer a nuestros antepasados el descubrimiento de ciertas influencias lunares durante este período. Las operaciones tienen mayor éxito que en ninguna otra fase; casi todas las tareas domésticas parecen más fáciles de hacer, y quien coma más en cuarto menguante notará que no aumenta tanto de peso. Éste es el momento propicio para trabajar en el jardín y en el campo (por ejemplo, para plantar tubérculos y raíces), si bien es mala época para ciertos trabajos.

La luna en el zodiaco

Mientras la Tierra va girando en su órbita alrededor del sol, éste, visto desde nuestro planeta, permanece cada mes en una constelación zodiacal diferente. Durante su revolución de 28 días en torno a la Tierra, la luna pasa a su vez, también vista desde la Tierra, por los mismos conjuntos de estrellas del zodiaco, pero permanece solamente unos dos días y medio en cada uno de ellos.

Las doce fuerzas diferentes que se encuentran en relación con la posición de la luna en el zodiaco muy raramente se dejan sentir con tanta vehemencia como la influencia de la luna llena. No obstante, su influjo sobre las plantas, los animales y el hombre se llega a percibir con nitidez, especialmente sus efectos sobre el cuerpo y la salud, así como en el jardín y el campo (rendimiento de las cosechas, eliminación de malas hierbas y abono). Por ejemplo, la luna en Virgo (elemento tierra) tiene validez como «día de raíz» en el reino vegetal. Así, las medidas que se tomen para el desarrollo del crecimiento de las raíces durante esos dos o tres días serán más efectivas y tendrán más posibilidades de éxito que en otros días.

Antiguamente, la sabiduría sobre las relaciones entre la posición de la luna y la evolución de una enfermedad era tomada muy en serio entre los que practicaban la medicina. Hipócrates, el padre de la medicina, conocía las fuerzas de la luna e instruyó al respecto de manera concluyente a sus alumnos: «Quien ejerce la medicina sin tener en cuenta la utilidad del movimiento de los astros es un necio» y «No practiquéis ninguna operación en la parte del cuerpo regida por el signo zodiacal que la luna esté atravesando en ese momento».

La posición temporal de la luna en el zodiaco ejerce influencias

específicas sobre los órganos humanos. Habitualmente se reconoce que cada zona corporal está «regida» por un determinado signo del zodiaco. Para averiguar las relaciones exactas consulte la tabla que se incluye al final de este capítulo.

Los que practicaron la medicina en épocas remotas descubrieron el siguiente principio:

Todo lo que se emprende en beneficio de la región del cuerpo regida por el signo zodiacal que la luna esté atravesando resulta más eficaz que en otros días, a excepción de las intervenciones quirúrgicas.

Todo lo que sobrecargue o fatigue especialmente la zona del cuerpo regida por el signo zodiacal que la luna esté atravesando tendrá un efecto más perjudicial que en otros días.

Las intervenciones quirúrgicas en órganos o partes del cuerpo regidos por el signo zodiacal que la luna esté atravesando deberían ser aplazadas, caso de que sea posible. Obviamente, las operaciones de urgencia constituyen un caso aparte.

Si la luna está en creciente al atravesar el signo zodiacal que rige un órgano, todas las medidas que se tomen para proporcionar sustancias beneficiosas a dicho órgano tendrán mejores resultados que con la luna menguante. Y a la inversa, en luna menguante las medidas que se tomen para la eliminación de sustancias tóxicas del órgano en cuestión tendrán mucho más éxito que con la luna creciente.

Aparentemente, sólo las intervenciones quirúrgicas suponen una excepción a esta regla. Resulta lógico, ya que, si bien su función a la larga es la de beneficiar a cierto órgano, y por extensión a todo el cuerpo, en el momento en que la operación se realiza, y mientras la herida permanece abierta, resultan perniciosas para el órgano o la zona del cuerpo afectados. En el capítulo 2 se tratará de dichas relaciones con más amplitud.

La luna ascendente y descendente

En este libro hablaremos frecuentemente de las fuerzas ascendentes y descendentes de la luna (lo que en algunas regiones se conoce como «luna de levante» y «luna de poniente»).

Para empezar, es preciso dejar bien claro que la luna ascendente y descendente no tiene nada que ver con las fases lunares, es decir, si la luna está creciendo o menguando. Se trata de conceptos que están en relación con la posición de la luna respecto a las constelaciones del zodiaco.

Todos los signos zodiacales que atraviesa el sol desde el solsticio de invierno (21 de diciembre) al solsticio de verano (21 de junio), o sea, desde Sagitario hasta Géminis, contienen una fuerza ascendente, la fuerza del invierno y la primavera, que indica el progresivo aumento, expansión, desarrollo y floración.

Por el contrario, la fuerza descendente es propia de los signos de la segunda parte del año (desde Géminis hasta Sagitario), y posee la fuerza del verano y el otoño, la cual indica la maduración, cosecha, ocaso y reposo.

Los signos Géminis y Sagitario habitualmente no se suelen fijar con exactitud en la práctica, ya que representan los puntos de cambio entre las fuerzas ascendentes y descendentes. Por eso no se los puede asignar de manera tajante a una de las dos fuerzas. La distinción exacta sólo se volverá importante en la actividad que se haya escogido.

Sagitario Capricornio Acuario Piscis Aries Tauro (Géminis)	Fuerza ascendente	Géminis Cáncer Leo Virgo Libra Escorpio (Sagitario)	Fuerza descendente

Las cualidades «ascendente» y «descendente» se hacen notar durante los 28 días que tarda la luna en completar su trayecto a través de todos los signos del zodiaco, casi como si las fuerzas de la primavera, el verano, el otoño y el invierno también se sintieran a lo largo de un solo mes. Estas cualidades aportan su contribución al «matiz» del signo zodiacal en cuestión, y tienen especial influencia, según la fase lunar, en el huerto y la naturaleza, aunque también en la medicina.

El período de la luna ascendente fue asimismo denominado antiguamente «tiempo de cosecha», y el de la luna descendente «tiempo de siembra», porque en la agricultura y horticultura, aparte de los otros ritmos, también es de gran utilidad tener en cuenta estos dos impulsos diferentes. Con la luna ascendente (de Sagitario a Géminis) sube

la savia de las plantas, en especial la de los árboles frutales y las hortalizas; así, el desarrollo de la parte aérea de las plantas se ve particularmente beneficiado. Con la luna descendente (de Géminis a Sagitario) la savia circula más hacia abajo, favoreciendo la formación y fortalecimiento de las raíces.

Antes se utilizaba una fórmula muy sencilla para poder distinguir ambos impulsos con facilidad. Cuando se veía el signo ♋ en el calendario, se decía que dicho símbolo lunar parecía un recipiente. Con la luna ascendente el recipiente se llena: tiempo de cosecha. Por el contrario, el símbolo ♑, el de la luna descendente, indica que el recipiente se vacía: tiempo de siembra.

Otro método fácil para acordarse de qué signo posee fuerza ascendente y cuál descendente requiere el conocimiento de las zonas del cuerpo regidas por los signos del zodiaco. Utilizando la tabla del final de este capítulo no debería resultar demasiado difícil.

La influencia de Aries y Tauro es ascendente. Ambos signos del zodiaco influyen sobre el extremo superior del cuerpo, desde la cabeza a la nuca y los hombros. Los últimos cuatro signos, Sagitario (punto de cambio), Capricornio, Acuario y Piscis, son asimismo ascendentes y rigen las extremidades inferiores: los muslos, las rodillas, las piernas y los pies. Estos signos del zodiaco apuntan hacia fuera: de los hombros hacia arriba y hacia los lados y de las rodillas hacia abajo = fuerza ascendente.

Los seis signos zodiacales «de enmedio» (de Géminis a Sagitario) apuntan «hacia dentro» del cuerpo y afectan principalmente a los órganos internos: pecho, pulmones, hígado y riñones, hasta la cadera = fuerza descendente.

Efectos de combinación

Los siete impulsos de fuerza descritos se pueden superponer en parte, fortaleciéndose o debilitándose, y aportando un cambio de orientación en las cualidades de los impulsos prevalecientes.

Por ejemplo, las medidas para eliminar las toxinas del cuerpo tienen mucho mayor efecto durante la luna menguante si ésta se encuentra en un signo zodiacal con fuerza descendente que si se halla en uno de fuerza ascendente. (Tenga en cuenta que todos los órganos internos, incluidos los que eliminan sustancias tóxicas, son regidos por signos de fuerza descendente.)

En caso de que la luna se encuentre en Leo, lo cual influiría de manera adversa en una operación de corazón, la fuerza negativa se verá reforzada en gran medida por una luna que en ese momento esté creciendo (lo cual tiene lugar de febrero a agosto). Por el contrario, cualquier medicamento para fortalecer el corazón que se administre durante un signo zodiacal con fuerza ascendente en la luna creciente, tendrá mayor efecto que el mismo medicamento administrado con luna menguante y signo descendente.

Nuestro deseo es que los lectores pioneros, especialmente los médicos o curanderos, estudien los ritmos que se exponen a continuación y saquen las conclusiones pertinentes.

Conozco a unos cuantos médicos y curanderos que ya tienen en su haber diversas experiencias realizadas a partir de dichos ritmos. Precisamente las enfermedades prolongadas son a menudo susceptibles de mejora recurriendo a este método y a un sutil cambio de enfoque. Para ello son imprescindibles tanto la observación como la paciencia, cualidades ambas que, por desgracia, no encajan demasiado bien en los frenéticos tiempos en que vivimos.

Distribución de los signos del zodiaco en relación con las fases de la luna

Signo	*en luna creciente*	*en luna menguante*
Aries	de octubre a abril	de abril a octubre
Tauro	de noviembre a mayo	de mayo a noviembre
Géminis	de diciembre a junio	de junio a diciembre
Cáncer	de enero a julio	de julio a enero
Leo	de febrero a agosto	de agosto a febrero
Virgo	de marzo a septiembre	de septiembre a marzo
Libra	de abril a octubre	de octubre a abril
Escorpio	de mayo a noviembre	de noviembre a mayo
Sagitario	de junio a diciembre	de diciembre a junio
Capricornio	de julio a enero	de enero a julio
Acuario	de agosto a febrero	de febrero a agosto
Piscis	de septiembre a marzo	de marzo a septiembre

En caso de que no desee tener que consultar la tabla cada dos por tres, intente aprenderse de memoria el siguiente truco:

El signo del zodiaco en el cual se encuentra en un momento dado el sol, a partir de ese mes permanece medio año en la luna menguante, y el otro medio en la luna creciente. Por ejemplo, en el mes de marzo, el sol está en Piscis, así que la luna nueva también estará en Piscis.

La siguiente observación resulta particularmente interesante: cuando combinamos los conocimientos de las zonas corporales regidas por los signos zodiacales con los datos de la posición de la luna respecto al zodiaco a lo largo del año y la regularidad del proceso, se observa que las medidas que se toman para la curación de determinados órganos y zonas corporales en ambas mitades del año tienen efectos diferentes. Dicha afirmación ha sido corroborada mediante numerosas experiencias.

Por ejemplo, las operaciones de cadera (la región de las caderas está regida por el signo de Libra) realizadas en los meses que van de octubre a abril (cuando Libra está en la luna menguante) tendrán mejores resultados que si se hacen en la otra mitad del año, con la condición de que no se lleven a cabo exactamente durante los días de Libra.

Cuando hayamos comprendido bien este principio, podremos aplicarlo sin esfuerzo a cualquier otra zona u órgano del cuerpo.

Así, cada signo del zodiaco, aunque aplazado en cada caso por espacio de un mes, tendrá a su disposición durante medio año la fuerza favorable para la eliminación de sustancias tóxicas y la incorporación de sustancias beneficiosas. He descubierto esta relación porque siempre tomo nota del momento en que una determinada medida tiene una eficacia especial o en que el remedio más sencillo posee buenos efectos. Del mismo modo, anoto cuándo un remedio que es «bueno» en circunstancias normales, al ser administrado durante fases lunares favorables o durante los signos zodiacales propicios no resulta tener la eficacia esperada. Gracias a observaciones realizadas durante muchos años, llegué a la conclusión de que, por ejemplo, ciertas medidas conducen más rápidamente al éxito en otoño que en primavera, y viceversa.

No obstante, una de las reglas más importantes consiste en procurar, siempre que sea posible, que las intervenciones quirúrgicas ten-

gan lugar durante la luna menguante, aunque esta sabiduría rara vez es puesta en práctica y sigue siendo ampliamente desconocida para los cirujanos, por la sencilla razón de que no puede ser cómodamente colocada dentro de un «marco científico». De todos modos, hemos de tener en cuenta que tuvo que pasar mucho tiempo antes de que, por ejemplo, la mera norma profiláctica de lavarse las manos previamente a realizar una operación fuera aceptada cuando menos como «correcta».

Ritmos especiales

Este libro le permitirá venir en conocimiento de ciertos ritmos muy singulares: principios y pautas específicos que son completamente independientes de la luna, y que pertenecen al ámbito de las cosas asombrosas e inexplicables que existen entre el cielo y la tierra. Sin embargo, aquí no trataremos en absoluto de indagar las causas. Cómo íbamos a pretender explicar por qué la madera que se corta el primero de marzo, después de la puesta de sol, no se quema.

Confiamos en que nuestros lectores estén lo suficientemente interesados y tengan la necesaria curiosidad para probar alguna vez estos extraordinarios principios, ya que son tan valederos como las otras reglas.

El momento del contacto

Muchas personas se plantean la siguiente pregunta: ¿cómo puede ser que determinado plazo «favorable», ya sea para la recolección de la fruta o para tomar un medicamento, se prolongue durante una buena temporada, aun cuando con frecuencia poco tiempo después ya rige el influjo negativo contrario, el cual prácticamente viene a condenar al fracaso la misma actividad? ¿Acaso la energía negativa es incapaz de neutralizar a la positiva?

Por ejemplo, las patatas que se recogen y almacenan en el momento justo se conservan durante meses. En cambio, si se recogen

solamente un par de días antes o después de ese momento, suelen pudrirse al cabo de poco tiempo.

La respuesta podrá sonar un tanto enigmática, pero lo cierto es que se corresponde con los hechos: el momento del «contacto» es el factor determinante, el contacto con un ser humano, un animal o un vegetal.

En cuanto entro en contacto con un ser vivo en un momento determinado, sea con el pensamiento o con las manos, con intenciones ocultas o bien manifiestas, comunico en el mismo instante ciertas sutiles formas de energía, en especial las fuerzas que traen aparejadas las fases lunares y la posición de la luna en el zodiaco. Para establecer un símil, es como una lupa con la que se dirige la energía de los rayos dispersos del sol, concentrándola en un punto, con lo cual se consigue un mayor efecto.

Siguiendo con el ejemplo de las patatas, estas fuerzas actúan de manera tan intensa que incluso el «roce» con patatas ya almacenadas tiene diversos efectos según el momento. Cuando uno se da cuenta de que las patatas se están pudriendo antes de tiempo por haber sido recogidas y almacenadas en el momento «erróneo», todavía se podrán salvar muchas si las sanas se cambian de lugar en un día propicio. Por el contrario, se ha dado el caso de que patatas almacenadas en un sótano de repente se han empezado a pudrir con rapidez si han sido «tocadas» o movidas en un momento desfavorable, quizá al desmoronarse parte del montón después de haber retirado una cantidad importante para la despensa.

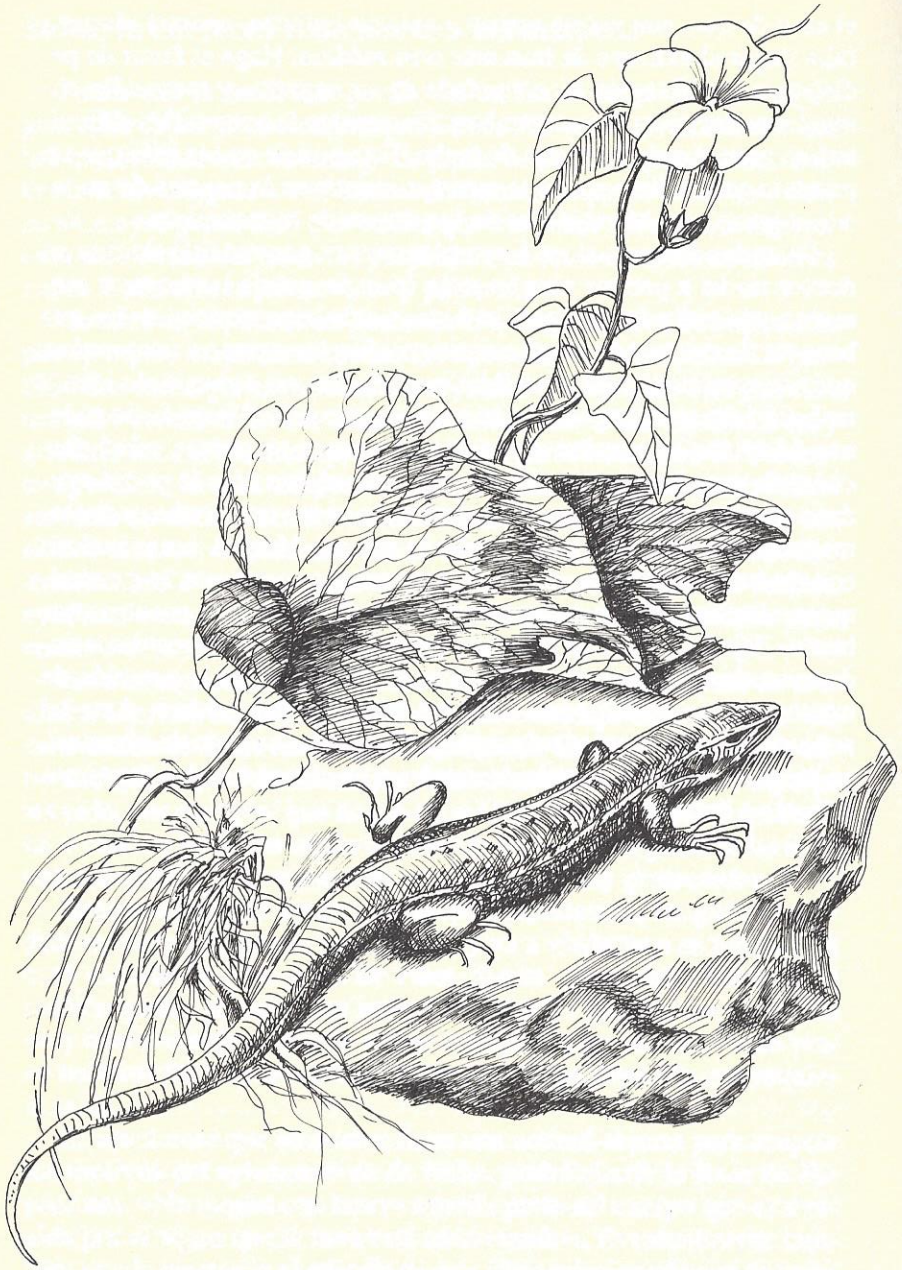
Algunas de las experiencias aparentemente inexplicables de la vida cotidiana, la medicina, el huerto, la naturaleza y el hogar podrán ser esclarecidas de acuerdo con este principio, el cual se aplica asimismo a todas las reglas mencionadas en este libro.

Tabla zodiacal

La tabla siguiente constituye un instrumento imprescindible, ya que ofrece una visión comprensible de los diversos impulsos efectivos de cada signo zodiacal: sobre las distintas partes del cuerpo y de las plantas, la calidad alimenticia, etc. Además, en ella aparecen los símbolos más comunes de los signos del zodiaco, a fin de poderlos identificar sin dificultad en los calendarios que se incluyen en este libro. Sería aconsejable que hiciera una copia de esta tabla para tenerla a mano y poder consultarla mientras lee el libro.

Tabla zodiacal

Signo zodiacal	*Símbolos nuevo*	*antiguo*	*Zona corporal*	*Sistema orgánico*	*Parte vegetal*	*Elemento*	*Descendente/ Ascendente*	*Calidad alimenticia*	*Calidad de la jornada*
Aries			Cabeza, cerebro, ojos, nariz	Órganos de los sentidos	Fruto	Fuego	☽	Proteína	Día del calor
Tauro			Laringe, cuerdas vocales, dientes, mandíbula, cuello, amígdalas, orejas	Circulación sanguínea	Raíz	Tierra	☽	Sal	Día del frío
Géminis			Hombros, brazos, manos, pulmones	Sistema endocrino	Flor	Aire	☾	Grasa	Día del aire y de la luz
Cáncer			Pecho, pulmones, estómago, hígado, vesícula biliar	Sistema nervioso	Hoja	Agua	☾	Hidratos de carbono	Día del agua
Leo			Corazón, espalda, diafragma, circulación sanguínea, arterias	Órganos de los sentidos	Fruto	Fuego	☾	Proteína	Día del calor
Virgo			Órganos digestivos nervios, bazo, páncreas	Circulación sanguínea	Raíz	Tierra	☾	Sal	Día del frío
Libra			Caderas, riñones, vejiga	Sistema endocrino	Flor	Aire	☾	Grasa	Día del aire y de la luz
Escorpio			Órganos sexuales, uretra	Sistema nervioso	Hoja	Agua	☾	Hidratos de carbono	Día del agua
Sagitario			Muslos, venas	Órganos de los sentidos	Fruto	Fuego	☽	Proteína	Día del calor
Capricornio			Rodillas, huesos, articulaciones, piel	Circulación sanguínea	Raíz	Tierra	☽	Sal	Día del frío
Acuario			Piernas, venas	Sistema endocrino	Flor	Aire	☽	Grasa	Día del aire y de la luz
Piscis			Pies, dedos de los pies	Sistema nervioso	Hoja	Agua	☽	Hidratos de carbono	Día del agua



3

Los ritmos lunares en el jardín y la naturaleza

Un ser humano llega frágil y suave al mundo.
Al morir está duro y rígido.
Las plantas verdes son tiernas y llenas de savia.
Al morir están marchitas y secas.
Por ello lo rígido e inflexible es discípulo de la muerte.
Lo tierno y delicado, discípulo de la vida.
Así, un ejército sin flexibilidad nunca gana una batalla.
Un árbol que no se dobla se quiebra fácilmente.
Lo duro y fuerte pasa.
Lo tierno y delicado perdura.

Lao-tsé

Existen muchas razones que justifican una vuelta a las normativas que emanan de la fase y la posición de la luna en el zodiaco para su aplicación en el cultivo del jardín, del huerto, del campo y del bosque. La más obvia es que, con la ayuda de los ritmos lunares, podremos renunciar a la exagerada utilización de pesticidas, insecticidas y fertilizantes químicos, y volver a encontrar el equilibrio natural y dinámico de la tierra. La horticultura y agricultura del futuro no tendrán más alternativa que ésta, ya que no se puede ir saqueando la naturaleza indefinidamente. ¿Por qué no podemos empezar ahora mismo?

Hace poco volaba desde Hamburgo a Munich con un tiempo estupendo; mi sitio estaba junto a la ventana. No podía apartar los ojos de la vista que se me ofrecía del suelo, diez kilómetros más abajo. No había ni un puntito, o al menos eso me parecía a